

**LA REVOLUCIÓN QUE NO FUE  
LA SITUACIÓN DE RUSIA DESDE UNA PERSPECTIVA LIBERAL\***

Vladimir Bukovsky

Una mirada retrospectiva al siglo que está a punto de culminar, nos llena de asombro. Caracterizado por un increíble progreso tecnológico y por un crecimiento económico jamás igualado, es a la vez el más sangriento de la historia. Por un lado, en el transcurso de una generación la máquina de vapor dejó paso a la energía nuclear y a los aviones supersónicos; por el otro, dos guerras mundiales, innumerables revoluciones y cruentas guerras civiles fueron motivo de enormes sufrimientos para cientos de millones de personas.

Tal vez el rasgo más distintivo de nuestro siglo sea la trágica discrepancia entre los medios y los fines que la posteridad recordará como una peculiar combinación de madurez e infantilismo. Aunque en apariencia el pensamiento racional se impuso por sobre una cosmovisión mitológica, lo cierto es que casi la mitad de la humanidad transitó el camino del progreso con una visión del futuro totalmente irracional, hasta utópica. Mientras el desarrollo tecnológico nos daba una ilusoria sensación de omnipotencia, los viejos sueños que habían perturbado a los mejores hombres desde tiempos inmemoriales se abatieron sobre nosotros. Aquello que Platón y Tomás Moro sólo discutían con sus amigos, aquello que los alquimistas medievales ensayaban secretamente en sus alambiques, se convirtió en un experimento gigantesco al que fue sometida la humanidad. Por eso, no puede sorprendernos que esos sueños infantiles acerca de un estado perfecto y un hombre nuevo también perfecto creado por él se transformaran rápidamente en una pesadilla totalitaria que durante la mayor parte del siglo amenazó con arrastrar al mundo entero.

Cuando digo que no puede sorprendernos es porque también hubo, junto a esos soñadores utópicos, unos pocos profetas que previeron con mucha anticipación esos resultados y nos advirtieron acerca de ellos. La nuestra es una época fascinante en la cual muchas profecías -antiguas y modernas- se han hecho realidad. La idea de crear sobre la tierra un paraíso igualitario, idea que perduró por dos siglos, se reveló como un camino de servidumbre, tal como lo predijo F. A. Hayek; y un sueño mucho más remoto, el de instituir un super-estado universal, versión moderna de la torre de Babel, desembocó en contiendas étnicas que ya había profetizado la Biblia. En cuanto al hombre nuevo que los soñadores utópicos habían prometido forjar, resultó un monstruo

---

\* Conferencia pronunciada por el profesor Bukovsky en el acto de colación de grados de ESEADE el 19 de septiembre de 1995.

no demasiado diferente de aquel a quien el Dr. Frankenstein dio vida, según la antigua leyenda.

En realidad, si algo debiera sorprendernos sería la obstinada negativa de la mayoría a escuchar las voces de la razón, que no fueron pocas: Friedrich Nietzsche y Ludwig von Mises, George Orwell y Albert Camus, Alexander Solzhenitsyn y Andrei Amalrik, todos hablaron, cada uno a su modo y en su tiempo, acerca del peligro que encerraba el experimento socialista, así como de su inevitable fracaso. Pero, no obstante esto, cuando por fin se produjo el colapso del comunismo fue una absoluta sorpresa para la mayoría de las personas educadas e incluso para los gobiernos de los países occidentales. Lo fue hasta tal punto que no estaban preparados para ofrecer su ayuda ni su consejo a las sociedades post-comunistas. El filósofo político estadounidense Michael Novak observó recientemente:

En centenares de volúmenes se detallaban las maravillas del socialismo como ideología, se disecaba con pasión el capitalismo para exponer sus imperfecciones y se planificaba jactanciosamente la futura transición del capitalismo al socialismo. Pero cuando por fin llegó el momento, no había siquiera uno que planificara la única transición necesaria, la del socialismo al capitalismo.

Por añadidura, todavía no se había asentado la polvareda cuando comenzaron a aparecer cientos de libros que trataban de probar que el “modelo ruso de socialismo” simplemente había sido “distorsionado” por los bárbaros rusos. Los otros “modelos”, nos aseguraban, serían mucho mejores. Esperemos que la próxima vez experimenten sus “modelos” sobre perros o conejos antes de aplicarlos a la sociedad humana.

Podríamos considerar que, pese a todo, es una época maravillosa ésta en la que todos los que nos hemos fijado como meta destruir el Imperio del Mal podemos al menos celebrar su caída. Aquellos días en que el mundo vivía con el temor constante de un holocausto nuclear y en el Kremlin quince viejos demagogos podían imponer su voluntad a la humanidad, han quedado atrás. Sin duda, el colapso del comunismo es un acontecimiento histórico relevante que debería haber sido celebrado con mayor entusiasmo. Pero, ¿podemos considerarlo una victoria? ¿Podemos afirmar que la humanidad ha aprendido la lección y ha abandonado por fin sus sueños utópicos? Nos admiramos ante la sabiduría de los profetas y ante la locura de aquellos que no les prestaron oídos, pero, ¿podemos decir realmente que asistimos al “fin de la historia”, el triunfo definitivo de la democracia y de la economía de mercado, como parecen creerlo algunos?

Personalmente, lo dudo. Yo, por lo menos, no me sentía con ánimos para celebrar cuando visité mi país natal, Rusia, o para el caso cualquiera de los países ex socialistas, con la posible excepción de la República Checa. El monstruo que crearon nuestros

Frankenstein mató a sus creadores, pero él está vivo, muy vivo. A pesar de los informes optimistas de los medios de comunicación occidentales, que en los años transcurridos desde entonces han proclamado por lo menos media docena de veces que Rusia entró en la era de la democracia y de la economía de mercado, no hay evidencias, ni siquiera perspectivas, de que sea así. En lugar de un sistema totalitario ha surgido un estado gángster, una tierra sin ley en la cual la antigua burocracia comunista, mezclada con el hampa, se ha convertido en una nueva élite política, así como en una nueva clase de propietarios. Sólo en los últimos tiempos la opinión pública de Occidente ha tomado conciencia de esta realidad al asistir a la matanza sin sentido realizada en Chechenia, que se parece muchísimo, por desgracia, a la hazaña soviética en Afganistán. Estaban al mando los mismos generales, los dirigían los mismos políticos, se emplearon idénticos medios sanguinarios con absoluto desprecio por la vida humana, se utilizó la misma propaganda desenfadada. Todo esto prueba de modo indudable (si es que hacía falta alguna prueba) que el país ha completado el círculo de su desarrollo y ha retornado al poder de la *nomenklatura*.

Por supuesto que la transición a la democracia y a la economía de mercado después de décadas de totalitarismo comunista implica un conjunto de problemas de gran magnitud. El legado de estas décadas incluía una agricultura y una industria monopólicas e inherentemente ineficientes. Había un enorme complejo militar-industrial, ausencia de inversión de capitales, agotamiento de los recursos y masas de trabajadores no calificados que no habían realizado en sus vidas una tarea auténticamente productiva. Es indudable que en tales condiciones, cualquier intento de reestructurar una economía como ésta, por gradual o cauto que fuese, no podía sino crear una enorme perturbación, reducir los niveles de vida de una mayoría considerable y generar una oleada de descontento social. Ningún gobierno con carácter electivo podría haber sobrevivido a una reforma de esta naturaleza ni podría haber creado en primera instancia una economía de mercado.

Por añadidura, al emerger de la pesadilla totalitaria Rusia carecía de estructuras políticas o sociales que pudiesen estabilizarla durante la transición, a no ser las creadas por el propio sistema totalitario y corrompidas por él. Las nuevas instituciones, numerosas y altisonantes, eran insustanciales y débiles hasta el punto de tener una existencia meramente simbólica. No podían compararse con las estructuras que había dejado el antiguo régimen, bien afianzadas y ampliamente extendidas, así como interconectadas con una mafia virtual; incluso eran demasiado pequeñas como para reemplazar el aparato gubernamental. En consecuencia, la antigua burocracia dirigente, la *nomenklatura*, que ascendía a unos dieciocho millones de personas según algunas estimaciones y estaba unida por los poderosos vínculos de sus intereses creados, sus conexiones con Occidente, sus riquezas acumuladas y su complicidad con los crímenes del pasado, retuvo el control de todas las funciones ejecutivas del nuevo estado supuestamente democrático.

Si sumamos a todo esto los permanentes conflictos étnicos, el fantástico grado de corrupción, los altísimos índices de criminalidad y la apatía general de una población desmoralizada, veremos que las probabilidades de hacer una transición exitosa eran casi inexistentes.

Tampoco debemos olvidar la actitud de los países occidentales ante la tentativa de establecer una democracia en la ex Unión Soviética, que no fue precisamente amistosa. Mientras que se proporcionaba todo tipo de ayuda (incluyendo un apoyo financiero de unos 45 mil millones de dólares) a quienes, como Gorbachov y sus partidarios, se esforzaban por rescatar el sistema comunista moribundo y la Unión, también condenada a desaparecer, sus adversarios más democráticos fueron denigrados desde el principio, tildándolos de “impredecibles”, “desequilibrados” e incluso “peligrosos”. Esto sólo sirvió para prolongar la agonía y hacer cada vez más difícil la etapa de transición.

Con todo, por formidables que fuesen esos obstáculos, podría haber existido alguna probabilidad de éxito si la oposición hubiera estado formada por auténticos demócratas, no por antiguos funcionarios comunistas que se habían “democratizado” por distintas razones personales. En la primavera de 1991 se produjo la crisis, y cuando la confrontación con el antiguo régimen se tornó inevitable, Rusia estaba lista para luchar por la democracia. Se desató una ola de huelgas en todo el país, las naciones sojuzgadas se levantaron y reclamaron su independencia, las protestas callejeras aumentaron día a día. Este impulso popular, que unió a todas las naciones y a todos los grupos sociales en la determinación de recuperar su dignidad y liberarse, fue invaluable, ya que significó que estaban dadas todas las condiciones para construir una nueva sociedad y una verdadera democracia.

Pero aunque necesarias, estas condiciones no eran suficientes. Para que las estructuras de la oposición, débiles y carentes de experiencia después de setenta y cinco años de represión, pudieran crecer y llegar a constituir una fuerza política real capaz de desplazar a la *nomenklatura* en todos los niveles, era preciso que emprendieran un proceso de lucha con el antiguo régimen, sin el cual no habría un apoyo estructural para un nuevo sistema democrático ni un cambio sistémico en el país.

No obstante, las élites prefirieron la fácil convivencia con los comunistas al poder del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Incluso la magnífica oportunidad que les dio el golpe fracasado en agosto fue desperdiciada por estas personas que estaban en el lugar adecuado en el momento justo. Como si su victoria inesperada las hubiese paralizado, no hicieron absolutamente nada que tuviese alguna importancia durante los cien días siguientes.

Aunque su columna vertebral había sido quebrada, el antiguo régimen aún estaba vivo. Como en 1917, la “revolución” de agosto había triunfado en el centro, sobre todo en unas pocas ciudades importantes, pero las provincias estaban intactas. El golpe fracasó tan rápidamente que las fuerzas pro democráticas no tuvieron tiempo de consolidarse y desembarazarse de los jefes locales. Teóricamente, los “demócratas” eran el partido que estaba en el poder, pero en realidad no tenían poder en las provincias, y el gobierno de Yeltsin no hizo nada para cambiar esto.

Aun en el centro, la autoridad de Yeltsin, que en un primer momento no había sido cuestionada, era insuficiente para cerrar el cuartel general del partido y confiscar su propiedad. Había que dismantelar tan pronto como fuera posible todas las demás partes de la maquinaria totalitaria, incluyendo la KGB, con su intrincado sistema de agentes secretos; el ejército, monstruosamente sobredimensionado y con una base industrial de enorme poder; y los ministerios, que seguían controlando todos los aspectos de la producción y de la distribución. Pero lo más importante era despojar de una vez por todas al régimen comunista de su legitimidad mediante una exposición sistemática de sus crímenes, de preferencia en un proceso o en una indagatoria públicos donde se presentaran los documentos pertinentes tomados de los archivos del partido y de la KGB, y se los diera a conocer a través de los medios de comunicación.

En otras palabras, había que eliminar definitivamente las antiguas estructuras de poder y crear otras nuevas. Y para que esto fuera posible, como es obvio, la alianza de Yeltsin con el sector moderado de la *nomenklatura* debía ser dejada sin efecto mediante nuevas elecciones parlamentarias. Todo esto, y mucho más, se podría haber hecho con facilidad en los primeros cien días que siguieron al golpe de agosto, cuando la atemorizada *nomenklatura* no estaba en condiciones de ofrecer resistencia y la popularidad personal de Yeltsin había alcanzado su punto más alto.

Por ejemplo, las reformas más penosas e ineludibles deberían haberse emprendido desde el principio, porque era posible hacerlo; primero, y lo más importante, una vasta privatización de las propiedades estatales más simples, tales como los edificios, los servicios y el comercio minorista y mayorista. Este paso, por sí solo, podría haber ampliado la base de poder de Yeltsin, estableciendo al mismo tiempo el principio fundamental de la propiedad privada, sin el cual se hace imposible toda reforma ulterior en el sentido de instituir una economía de mercado. La introducción de este principio habría significado el reemplazo de la distribución estatal centralizada -que es la causa más importante de la escasez y la fuente principal de la corrupción- por una distribución normal a cargo del mercado. Esto también habría dado a gran parte de la población una recompensa inmediata, un resultado tangible de la revolución.

Estas medidas, combinadas con una purga de la *nomenklatura* y con una renovación de la legislatura en Rusia, mediante nuevas elecciones, habrían llevado a otras personas a

posiciones de poder y eliminado el mayor de los obstáculos para la reforma: la antigua legislatura inventada por Gorbachov precisamente para retrasar el cambio. En lugar de pedir a sus enemigos que votaran su propia supresión adoptando una nueva constitución y una ley de privatización de la tierra (lo que hizo entonces) o de tomar por asalto la Casa Blanca y dispersar por la fuerza el Soviet Supremo (lo que tuvo que hacer después), Yeltsin podría haber creado por sí mismo un nuevo instrumento de reforma. Por lo menos podría haber hecho que los cambios realizados después de agosto fueran irreversibles, lo cual habría fortalecido considerablemente su propia posición.

En ese momento también era necesario y urgente separar a Rusia de su pasado imperial, y también en esto Yeltsin se mostró vacilante, si no ambiguo. Aunque en diciembre de 1991 dio por fin el golpe de gracia a la Unión, no supo ver con claridad cuáles serían en el futuro las relaciones de Rusia con las nuevas repúblicas independientes, y esto abrió el camino a potenciales conflictos.

Así, por una parte, en Moscú se proclamó la independencia de las repúblicas y se las reconoció como tales, y por otra, Rusia se proclamó como “heredera legal” de la Unión Soviética, responsable del mantenimiento de la paz en lo que había sido el imperio. Otro enorme desatino, porque de este modo el pueblo ruso quedaba como único culpable de los crímenes del comunismo, cuando había sido su víctima principal y la que había sufrido durante más tiempo; además, se hacía imposible emprender cualquier reforma importante del colosal aparato de las fuerzas armadas soviéticas, diseminadas por todos los territorios que habían constituido el imperio y utilizadas muy a menudo para reprimir los conflictos étnicos locales.

La única manera de evitar estos problemas potencialmente explosivos habría sido que Yeltsin se negara desde el principio a dejarse implicar en cualquier conflicto que surgiera fuera de Rusia, que retirara todas las tropas de los territorios más allá de las fronteras rusas y que reestructurara totalmente las fuerzas armadas. Y si Rusia se hubiese retirado de la Unión en forma unilateral inmediatamente después del golpe de agosto, todas estas cosas habrían sido posibles.

Esto no significa, por supuesto, que Yeltsin hubiese podido imponer estas reformas por la fuerza en los últimos meses de 1991, pero sí podría haberlas lanzado en aquellos primeros cien días, estableciendo así las líneas fundamentales de su política. En lugar de eso, siguió barajando una y otra vez el viejo mazo burocrático.

Esto tuvo como consecuencia la multiplicación de la burocracia en cada una de las esferas del gobierno, en las que la corrupción se hizo incontrolable y llegó a extremos increíbles. En realidad, esta burocracia tuvo la oportunidad de “hacer privatizaciones” a su manera porque no existía un plan de privatización radical auspiciado por el

gobierno. En esta “privatización” de facto los ex funcionarios del partido, que por supuesto se habían vuelto “demócratas”, pronto se transformaron también en “empresarios” y se apoderaron de muchas valiosas propiedades del estado. El resto corrió por cuenta de los operadores del mercado negro y de aquellos que eran lisa y llanamente delincuentes. Esto no sólo generó resentimiento popular sino que desprestigió a la economía de mercado.

En el ínterin, gracias a esta nueva base financiera y a la parálisis de Yeltsin, la *nomenklatura* revitalizada pudo reagruparse y elaborar una nueva estrategia, esta vez, “democrática”.

Ahora ya no había necesidad de golpes o conspiraciones, sino sólo de actuar como una oposición “democrática” en defensa de los intereses populares, bloqueando y saboteando al mismo tiempo cualquier reforma ulterior. En este nuevo juego de la “democracia” no podían sino ganar, puesto que dominaban ambas ramas del gobierno, la ejecutiva y la legislativa. Las fuerzas democráticas, escasas y desunidas, eran las perdedoras y todo lo que podían hacer era seguir con sus divisiones y sus disputas. No podían oponerse abiertamente a Yeltsin por temor de hacerles el juego a los comunistas, pero tampoco podían apoyarlo sin separarse de sus bases. Algunos terminaron por unirse al gobierno, otros abandonaron la política y los restantes se sumaron a las multitudes desilusionadas que sentían que las habían traicionado y les habían robado los frutos de su revolución.

Verdaderamente, ¿qué otra cosa podían sentir al ver a los mismos burócratas del partido ocupando las mismas oficinas, cumpliendo las mismas tareas y disfrutando de los mismos privilegios que tenían antes de agosto?

Y de esta manera, sólo cien días después de su victoria, el gobierno de Yeltsin, incapaz de resolver los problemas más importantes, sin estructuras políticas que lo sustentaran y enfrentando una creciente impopularidad, se fue pareciendo cada vez más al gobierno provisional de 1917.

Como si no fuera suficiente para un solo hombre cometer todos estos disparates en unos pocos meses, Yeltsin agregó uno más: sin haber resuelto el problema del poder político en el país y sin establecer primero la institución de la propiedad privada, designó a un tal Yegor Gaidar para que introdujera una economía de mercado.

Lo irónico del caso es que esta nueva estrella del firmamento ruso fue aclamada en Occidente, tal como antes lo había sido Gorbachov, como un joven y enérgico paladín de la economía de mercado, cuando en realidad era un retoño del tronco vetusto de la *nomenklatura*. Su abuelo, un conocido escritor soviético de cuentos infantiles, se hizo famoso cantando loas a la revolución bolchevique; su padre, almirante de la armada

soviética, continuó la tradición familiar glorificando el coraje del ejército soviético en Afganistán. No hace falta decir que, con semejante prosapia revolucionaria, Gaidar Tercero desarrolló una espectacular carrera profesional en diferentes órganos de pensamiento del Comité Central, tales como su principal revista teórica, *Kommunist*, y más tarde fue editor de la sección de economía del diario *Pravda*.

También su equipo estaba formado por hombres jóvenes, enérgicos y liberales, como él, hijos de la *nomenklatura*, que habían trabajado gran parte de sus vidas en prestigiosos institutos de investigación. No hay duda de que en la época de Brezhnev habían sido considerados como rebeldes porque trataban de convencer al dogmático Comité Central de que era posible mejorar el socialismo incorporando algunos elementos de la economía de mercado. Sospecho que, cuando eran estudiantes, habían leído secretamente a Milton Friedman y a F. A. Hayek, pero por desgracia su conocimiento de la vida económica era totalmente superficial y jamás habían vivido como personas comunes, ni bajo el socialismo ni bajo el capitalismo.

Sólo en Occidente Yegor Gaidar, Grigory Yavlinsky, Gavriil Popov y compañía podrían haber pasado por seguidores de Milton Friedman únicamente por decir que lo eran. Ciertamente les encantaba usar una jerga de “mercado” *ad hoc*, sobre todo en público y cuando hablaban con los funcionarios del FMI, pero esto no significa que entendieran de qué se trataba o estuvieran realmente convencidos. Hace algunos años también parlotaban acerca del galimatías socialista y es posible que mañana se vuelvan alegremente a Swahili, si les conviene.

Este descubrimiento tampoco tiene nada de particular. En Rusia sabemos hace mucho tiempo que, como dice un chiste político muy popular en la década del 60, no es posible que un individuo sea a la vez honesto, inteligente y miembro del partido comunista. Por lo tanto, y en contra de la creencia popular, la *nomenklatura* comunista no abrió los ojos de repente en agosto de 1991, abrazando la democracia y la idea de la libertad de mercado bajo el peso de una evidencia abrumadora. De hecho, la mayoría ni siquiera creía en el comunismo ni en nada que no fuese su propio poder político. En cambio, el partido, presionado por una crisis política cada vez mayor, se dividió en dos grupos desiguales a lo largo de la línea indicada por el chiste que citamos: mientras una minoría constituida por idiotas todavía marcha bajo las banderas rojas, una gran mayoría de cínicos se han vuelto rápidamente “reformistas”, “demócratas”, “nacionalistas” y “partidarios del mercado libre”. Como otros tantos camaleones, sólo han cambiado de color, pero no de pensamiento. Muchos de ellos no ven los recientes acontecimientos ocurridos en Rusia como una revolución que liberó al pueblo de la opresión totalitaria y que requiere una visión de futuro conceptualmente diferente, sino como la continuación natural de sus carreras, como una oportunidad de promoción personal dentro de la misma jerarquía vetusta. Aferrados al poder con una tenacidad similar a la de Lenin, nunca permitirán que en Rusia pueda prosperar algo nuevo y

sano, porque no ven la necesidad de que haya algo nuevo y sano. Todo lo que la democracia significa para ellos es un campo virgen para el engaño y la manipulación; en la economía de mercado sólo ven corrupción, y como tal tratarán, en consecuencia, cualquier iniciativa privada genuina; no obstante, justificarán su propia corrupción amparándose en el funcionamiento de la economía de mercado.

Para resumir, digamos que lo único que son capaces de crear es una nueva mafia en reemplazo de la antigua, un sistema político que, a falta de una palabra mejor, llamaremos “cleptocracia”. Y no lo ocultan; por el contrario, proclaman, con la mezcla grotesca de ideología marxista y pensamiento capitalista que es típica de Rusia en la actualidad, que “todos los países capitalistas” pasaron por una etapa “salvaje” de saqueo y desenfreno (véase la “acumulación primitiva” de Karl Marx) antes de que sus sociedades evolucionaran hacia formas de comportamiento más decentes. Uno de estos “reformistas”, Gavriil Popov, que fue alcalde de Moscú, hasta creó una “teoría” propia según la cual “en la etapa de transición” se debe permitir que los burócratas acepten sobornos y se los debe estimular para que “tomen parte en los negocios privados”. Según él, esto hará que sean partidarios de las reformas económicas, en lugar de combatirlas. Éste es precisamente el “tercer camino” del que hablan con entusiasmo los reformistas rusos, un “tercer camino” que, como lo ha dicho muy bien el primer ministro checo Vaclav Klaus, “lleva directamente al Tercer Mundo”. Sea como fuere, estos “reformistas radicales” persuadieron a Yeltsin para que adoptara el modelo polaco de la “terapia de shock” y arrancara el proceso total con la “liberación de precios”. Estaban firmemente convencidos de que esta medida, combinada con una política de ajuste monetario y fiscal, les permitiría lograr la convertibilidad del rublo hacia el verano de 1992 y comenzar la privatización en el otoño. Después de todo, así había ocurrido en Polonia.

El resultado fue catastrófico. Las reformas, que Occidente acogió favorablemente por considerarlas valientes, fueron en realidad una muestra de absoluta estupidez, porque pasaron por alto totalmente la enorme diferencia que existe entre la economía rusa y la polaca. En Polonia, el régimen agrario nunca fue colectivista, y por lo tanto siempre estuvo basado en la acción de agricultores privados; además, hubo durante décadas comercio minorista y mayorista. Entonces, la política de shock estimuló la competencia en el sector privado (empleando más o menos un tercio del total de la fuerza de trabajo), y después de un salto inicial de un 60%, los precios se estabilizaron en pocos meses.

Rusia, en cambio, ofrecía un agudo contraste, ya que no tenía productores o comerciantes privados; en realidad no tenía en absoluto un sector privado, cualquiera que fuese, ni siquiera una base jurídica para el régimen de propiedad privada. En tales circunstancias, no había competencia alguna que estimular: los productores monopolistas podían reducir su producción con precios fijos en cualquier nivel sin

correr riesgos. Por eso, no es sorprendente que la producción, incluyendo el agro, cayera en todas partes cerca de un 20% mientras los precios subían veinte veces y continuaban en ascenso.

Al mismo tiempo, la política de ajuste monetario y fiscal de Gaidar desalentó severamente cualquier iniciativa privada. Con una tasa de impuesto a las ganancias similar a la de Suecia (los gravámenes federales y locales combinados podían llegar al 90%) y sin créditos baratos, cualquier empresario emprendedor se veía obligado prontamente a actuar en la clandestinidad, donde los negocios dudosos se llevaban a cabo sólo en dinero efectivo (para deleite de los chantajistas). De este modo, la iniciativa privada fue dirigida hacia actividades antieconómicas, en lugar de apuntar a una economía de mercado productiva. Esta actividad empresarial no acumuló capital, ni entró en competencia, ni creó nuevos puestos de trabajo o nuevos productos; ni siquiera hizo contribuciones al fisco. Pero sí alimentó la inflación, el delito y el odio popular hacia el “capitalismo feroz”. Esta extorsión constante, desde todas partes, hacía imposible la supervivencia de ninguna empresa honesta.

Además, como no existía una base jurídica para la propiedad privada ni un procedimiento judicial que obligara a respetar los acuerdos contractuales, a menudo se utilizaban medios ilegales para dirimir las disputas, y en lugar de entablar una competencia honesta, se recurría al asesinato. En el curso de un año más de seiscientos empresarios fueron muertos por gánsters y se produjeron atentados con bombas e incursiones violentas en alrededor de setecientas oficinas de firmas comerciales solamente en Moscú, sin contar los que hubo en las provincias o los perpetrados por organizaciones criminales de origen ruso en Viena, Berlín, Tel Aviv o Nueva York. Entre las víctimas de los asesinos a sueldo se cuentan banqueros y hombres de negocios, periodistas y políticos. La lista incluye por lo menos una docena de diputados de cuerpos legislativos regionales y tres diputados del parlamento ruso, uno de los cuales había sido a su vez investigado por un presunto ataque con ametralladora contra dos personas. Así, era imposible distinguir entre la política, la actividad empresarial y el crimen.

Mientras tanto, este aparente auge de la actividad empresarial prácticamente no se hizo sentir en el resto del país, porque en su mayor parte no produjo bienes ni servicios de ninguna índole, sino que se limitó a expropiar recursos naturales para exportarlos, en forma legal o ilegal. Ni siquiera ingresaron al país las ganancias provenientes de estas transacciones, ya que casi todas fueron depositadas en bancos extranjeros; según fuentes occidentales, su monto oscila entre cincuenta y ochenta mil millones de dólares. Aun si consideráramos que esto puede llamarse “capitalismo”, a lo sumo afecta al 3 a 5% de la población; el resto sigue estando empleado en las industrias subsidiadas por el estado, que dan pérdidas.

Hay aun otra diferencia con Polonia, y es que en Rusia el grueso de los productos manufacturados no están orientados hacia el consumo, sino que se destinan a la industria pesada controlada por el estado; del 40 al 50% de ésta se relaciona con las fabricaciones militares, y cualquier reforma de mercado la afectaría enormemente, generando un elevadísimo índice de desempleo. Ningún gobierno, y menos aun uno tan débil como el de Yeltsin, puede sobrevivir a una desocupación tan masiva; por eso, es preciso que la implantación de la economía de mercado en Rusia esté acompañada de un rápido desarrollo del sector privado que permita crear nuevos puestos de trabajo. Incluso esto habría resultado insuficiente, por lo cual debería haber sido considerado un programa de obras públicas como el que llevó a cabo Roosevelt en los Estados Unidos. No obstante, no se tuvo en cuenta ninguno de estos puntos, por lo cual se produjo súbitamente una crisis de liquidez debido a la acción combinada del severo monetarismo de Gaidar, la vertiginosa inflación y las transacciones económicas clandestinas realizadas en dinero efectivo. Lisa y llanamente, la economía rusa cayó en bancarrota. Las empresas no podían pagar la materia prima, ni la energía, ni los servicios, ni los productos suministrados por los proveedores; los trabajadores pasaban varios meses sin cobrar sus salarios. (Cuando se declaró una huelga en una fábrica de armas nucleares en Siberia, Yeltsin tuvo que llevar personalmente el dinero de los sueldos atrasados en su propio avión.)

Así, en el verano de 1992, el gobierno no pudo hacer otra cosa que emitir el rublo ordinario con denominaciones astronómicas, en lugar del rublo convertible que había prometido. Bajo la presión de las circunstancias, Gaidar y Yeltsin se vieron obligados a retornar a la política de otorgar subsidios masivos a la industria e indexar periódicamente los salarios y las pensiones (es decir, volvieron a la antigua “política” económica de Gorbachov, consistente en imprimir papel moneda y pedir créditos adicionales a Occidente). No puede sorprendernos que todavía hoy el déficit presupuestario anual llegue al 30-40% y sea cubierto simplemente mediante la emisión monetaria.

Claro que se habló mucho acerca de la reforma, y en el otoño incluso se trató de llevar a cabo, sin demasiada convicción, una “privatización según lo planeado”. Los bonos de la privatización, con un valor nominal de 10.000 rublos cada uno, se imprimieron debidamente y se distribuyeron a todos los ciudadanos de Rusia. Pero la gente reaccionó con indiferencia: nadie sabía qué tipo de propiedad estatal se podía adquirir con ellos. ¿Sería algo útil, como tierras y edificios, o sólo una minúscula parte de alguna fábrica enorme y obsoleta que jamás produciría ganancia alguna? Y como las tierras y los edificios ya habían sido “privatizados” ilegalmente en beneficio de los miembros del partido y los operadores del mercado negro, lo único que quedó para los ciudadanos fueron las fábricas.

Por lo pronto, cuando los bonos entraron en circulación y adquirieron también curso legal, no hicieron sino agregar otros tres mil millones, aproximadamente, a la ya incontrolable inflación. A fines de 1992, su valor de mercado se redujo a 2.000 rublos. Es innecesario decir que esta extraña “privatización” ayudó a reemplazar los monopolios estatales por monopolios privados, a menudo administrados por criminales. Así terminó la “reforma de mercado” de Gaidar, de resultas de la cual la gente quedó veinte veces más pobre, desilusionada e irritada. Una “reforma” de esta naturaleza sólo consiguió servir a los intereses del comunismo: aunque el país no tenía aun ni democracia ni economía de mercado, ambas ideas habían quedado completamente desvirtuadas. Este desastre fue para Yeltsin el comienzo de un largo retroceso. Si durante la primavera de 1992 tuvo que renunciar a su política, durante el otoño se vio obligado a sacrificar a los hombres que integraban su equipo de gobierno (entre ellos, a Gaidar) y hacia la primavera de 1993 luchaba ya por sobrevivir políticamente. Su posición ni siquiera se hizo más segura cuando en el mes de octubre tomó por asalto la Casa Blanca y desarticuló por la fuerza el Soviet Supremo: el nuevo parlamento (la Duma) no era mucho mejor, y a partir de ese momento él mismo se convirtió en rehén de los “ministerios del poder” (el de Ejército, el de Interior y la nueva KGB-FSK), única fuerza en el país que aún lo sostenía, aunque, para usar las palabras de Lenin, “como la cuerda sostiene al ahorcado”.

Es evidente que la supervivencia de Rusia como país depende de la entrada en la escena política de nuevas fuerzas, de nuevos hombres (de preferencia, pertenecientes a otra generación). Pero no hay nuevas fuerzas, y las existentes no alcanzan para resolver la crisis. Por lo tanto, no es probable que en el futuro se dé ninguna de las posibilidades que se barajan comúnmente: un golpe bolchevique por el estilo del de 1917; una república semejante a la de Weimar, con un nuevo Hitler surgiendo del caos; un golpe militar como el de Pinochet en Chile, o una guerra civil general similar a la de la ex Yugoslavia. Si hubiera fuerzas capaces de realizar alguna de estas posibilidades ya habrían triunfado hace mucho tiempo o por lo menos se habrían manifestado de manera convincente.

Tomemos, por ejemplo, a los “bolcheviques” de hoy: ¿desean acaso asumir el poder absoluto? Nada de eso. Prefieren a Yeltsin y a sus partidarios, para poder cargarles la responsabilidad mientras ellos continúan llenándose los bolsillos. Tal como lo dijo con mucha agudeza un periodista ruso, son de los que sacan provecho de sus propios funerales. Por lo tanto, la resurrección va en contra de sus intereses.

O veamos a los nacionalistas rusos, muy publicitados en Occidente, como si estuvieran a punto de tomar por asalto el Kremlin. Ni siquiera podrían asaltar con éxito un estudio de televisión. ¿Dónde estaban los “Black Hundreds” en octubre de 1993, cuando Moscú había quedado prácticamente a su merced? Todo lo que pudieron conseguir en esos años tumultuosos, en que habían quedado al descubierto todas las artimañas de

una república de Weimar, fue un 23% de los votos para Vladimir Zhirinovsky, en un tiempo informante de la KGB (la mayoría de esos votos constituyeron, a todas luces, una manifestación de protesta). Lo cierto es que apenas son más numerosos que los cabezas rapadas en cualquier país europeo. Por eso necesitan aliarse con los comunistas en lo que se ha dado en llamar “coalición pardo-roja”: en este matrimonio mal avenido, ambas partes reconocen que son demasiado débiles para sobrevivir por sí solas. La posibilidad de una dictadura militar es aun más remota. Hace ya mucho tiempo que el ejército dejó de ser una fuerza monolítica, a la que una disciplina estricta había convertido en la mano de hierro del partido. En la actualidad, como se puso de manifiesto en Chechenia, está desgarrado por sus propios problemas y conflictos internos. Los conscriptos quieren regresar a sus hogares, los oficiales jóvenes desean mejores sueldos y viviendas y ni siquiera los generales logran ponerse de acuerdo. La mayoría de los comandantes prefieren tener sus tropas acuarteladas. Asusta pensar en lo que pasaría si a un general insensato se le ocurriera dar un golpe: ¿contra quién dispararían los soldados de este ejército, que no es más que una banda de saqueadores? Además, ninguna de las fuerzas mencionadas tiene la menor idea de cómo resolver los problemas del país. Los comunistas, pese a su habitual demagogia, saben que no se puede volver a los planes quinquenales y a las campañas de “competición socialista”. Los nacionalistas más acérrimos no ignoran que es imposible restaurar el imperio sin una guerra prolongada y sangrienta que Rusia no podría soportar. Y los demócratas, después de intentar llevar adelante sus chapuceras reformas, tampoco tienen respuestas claras.

Con el centro del país sumido en la parálisis, ya que en Moscú los grupúsculos de políticos no logran superar sus desacuerdos y el gobierno no cesa de imprimir papel moneda, es muy posible que las provincias busquen sus propias soluciones. De hecho, Rusia ha entrado en un proceso de fragmentación mucho antes de que se produjera el conflicto de Chechenia, y éste sólo puede precipitarlo. Algunos distritos y regiones, en su desesperada búsqueda de estabilidad, han creado monedas locales para poner un tope a la inflación del rublo; otros han contemplado abiertamente la posibilidad de separarse de la Federación Rusa. Y el ejército puede acatar las órdenes de los políticos regionales, convirtiéndose en su brazo armado si éstos, a su vez, le proporcionan los suministros que Moscú ya no puede darle.

Tal vez deba ser así en un estado que, históricamente, fue construido de arriba hacia abajo, y no a la inversa. En realidad, quién puede explicar por qué Siberia, que aún es fabulosamente rica en algunos recursos, debe continuar sufriendo porque en la remota Moscú, a nueve husos horarios de distancia, algunos tontos discuten acerca de oscuras sutilezas constitucionales. Moscú jamás le dio nada a Siberia, excepto órdenes, castigos, impuestos y, ahora, hiperinflación.

No hay duda de que la fuerza más poderosa que impulsó la última revolución rusa fue el anhelo de “soberanía”, y no sólo entre los distintos grupos étnicos. En realidad, es posible que la idea de “soberanía” haya representado para el pueblo la única forma concebible de libertad en el estado totalitario absolutamente centralizado, un deseo de separarse de él mediante algún tipo de frontera (de preferencia, una cortina de hierro). Lo que efectivamente puso fin al control totalitario fue este deseo popular, no un puñado de comunistas que se volvieron demócratas.

La próxima ola de hiperinflación no puede sino alimentar más este deseo, y también lo hará la sostenida declinación en la producción de petróleo (entre un 15 y un 20% anual). Como el petróleo sigue siendo la principal fuente de dinero firme, toda la vida económica de Rusia depende de su venta. El estancamiento industrial ha determinado que aun los bienes de consumo básicos deban importarse, de manera muy semejante a lo que pasa en Nigeria (país al cual Rusia ha empezado a parecerse en más de un sentido). Así las cosas, cuando la producción petrolera disminuya hasta un nivel escasamente suficiente como para abastecer el consumo interno, todos los distritos carecerán de combustible, transporte y calefacción doméstica, y unas pocas ciudades importantes (Moscú, San Petersburgo, etcétera) todavía podrán importar mercaderías de Occidente. Esto, por sí solo, desgarrará más a Rusia que cualquier conflicto étnico. Pero si el país se divide, ni siquiera los mayores fragmentos restantes podrán mantener la infraestructura nacional en lo que respecta a comunicaciones, transporte y energía, para no mencionar la seguridad de las instalaciones nucleares o químicas. Tampoco podrán sustentar la Academia de Ciencias, con sus institutos de investigación, o la cultura artística acumulada en los dos últimos siglos. De hecho, el país (o lo que quede de él) retornará a la edad media y los numerosos territorios que lo integran tendrán que luchar por la supervivencia.

Por cierto, es imposible predecir cómo podrían ser gobernados esos fragmentos: ¿por parlamentos electivos o por jefes militares? ¿Convivirían pacíficamente o lucharían por los yacimientos petrolíferos y las minas de oro? Y en este caso, ¿qué armas utilizarían? Hasta ahora, un sinnúmero de interrogantes sin respuesta. Y el mayor de todos es: ¿qué podemos hacer al respecto? En lo que toca a Occidente, conocemos la respuesta: casi nada. Incluso ahora, por más que las naciones occidentales deseen ayudar a Yeltsin, mil millones de dólares más o menos no significan una gran diferencia, sobre todo porque la mayor parte de esa suma irá a engrosar las arcas de la corrupta burocracia rusa, por vía del peculado y el fraude. Y cuando el país se desintegre, Occidente tendrá aun menos posibilidades de prestarle ayuda.

Es obvio que un problema de tal magnitud no puede resolverse desde afuera, y tampoco desde adentro a menos que surja de este caos una nueva generación de rebeldes que haga lo que sus padres no tuvieron el coraje de hacer: acabar con todo lo que queda del régimen totalitario convertido en una mafia, hacer a un lado a las generaciones

corruptas por décadas de servidumbre y empezar a construir una nueva sociedad. Es imposible imaginar un milagro semejante en la atmósfera de crimen y desorden, de decadencia y apatía que predomina en Rusia. Hoy en día, la forma más común de rebelión entre los jóvenes es el deseo de emigrar (según las encuestas, un 75% de los menores de 25 años quiere abandonar el país). Y los más emprendedores buscan modelos de roles entre los gánsters que se pasean en sus Mercedes. Sin embargo, si este milagro no se produce, es posible que en el año 2000 Rusia ya no exista.

Con todo, hay algo que podemos y debemos hacer, y es extraer algunas lecciones de esta experiencia tan trágica. La primera de ellas, y también la más importante, es que la utopía socialista no es el sueño inocente de algunos intelectuales bienintencionados, sino un desastre de consecuencias perdurables para la nación que intente llevarla a la práctica. Sin contar los horrores propios de un régimen totalitario, su derrumbe tampoco equivale a una liberación automática, y menos aun a un triunfo de la democracia y del mercado libre. Hay una victoria que no tiene sustitutos: los que no puedan vencer al esclavo que llevan dentro no serán capaces de vivir en una sociedad libre.

Más aun, es preciso recordar que la propiedad privada protegida por la ley es la única base firme de la democracia y de la economía de mercado, porque para funcionar de la manera apropiada ambas requieren una amplia participación de los ciudadanos responsables. La sociedad será más estable y la nación más próspera cuanto mayor sea el número de propietarios. El trágico caso de Rusia nos demuestra que la transición a una economía de mercado es imposible sin un plan de privatizaciones amplio y abarcador, que debe realizarse ante todo y en forma prioritaria; de la misma manera, no puede llevarse a cabo la transición a la democracia sin una masiva participación de la población en el proceso político.

Por último, no debemos olvidar que en el período post-totalitario la recuperación moral es tan importante como la económica, puesto que ésta no puede alcanzarse sin aquélla. Y la recuperación moral no es posible si no existe un juicio moral, a la vez riguroso y justo, que conduzca a un arrepentimiento a nivel nacional, como en el caso de la Alemania de posguerra. Aquel que crea que los crímenes, las mentiras y las injusticias del pasado se pueden sacudir como las migas en un mantel y que es posible atravesar las montañas de cadáveres y los ríos de sangre y continuar como si no hubiese pasado nada es, en el mejor de los casos, muy ingenuo, y en el peor, sumamente deshonesto e indiferente con respecto al futuro de su país. Una mentira jamás llegará a ser una verdad, los gánsters nunca se convertirán en ciudadanos respetuosos de la ley y una economía controlada por la mafia no evolucionará hasta transformarse en un mercado libre. Por sobre todo, los que no acepten la responsabilidad que les cabe por su pasado no podrán ser dueños de su futuro.